Y cruzando las manos sobre el pecho no pude menos de compadecer la perversidad de los hombres y de implorar la misericordia del Eterno.

ESTUDIO HISTORICO.

1096.

A rededor de la vacilante llama de un modesto hogar estaban sentados una noche del mes de invierno del año 1096 vários jóvenes y doncellas, vários varones y matronas; habian suscitado una conversacion sobre cual ninguno de los circunstantes estaban conformes y que todos deseaban saber. Uno habia en el corro que la sabia fijamente y el cuál no se podia equivocar á menos que no dejase de dar asenso á sus oidos y sus ojos: habia resuelto callar y callaba; pero notando la viva inquietud de todos, no fue bastante á dominarse á sí mismo y empezó en estos términos.

Yo os lo diré, callad, y todo cuanto diga lo podeis creer como si lo hubiérais visto vosotros mismos, porque lo he visto yo, y yo siempre he dicho la verdad, y de mis palabras no podeis dudar. Todos al escuchar el acento majestuoso y grave del anciano que acababa de hablar se aproximaron á él y fijaron en él sus ojos y él continuó.

,, Era una tarde fresca y apacible del mes de setiembre, los árboles del bosque aun mostraban todo su verdor y lozania, en su espesura aun se escuchaban los doloridos arrullos de la viuda tértola, alternados con los festivos trinos del jilguero. Era tambien un dia de fiesta, los sencillos colonos de Berlanga y Robledo de Torpes nos guiaban, cantando las festivas coplas del pais, los perezosos bueyes, ni rejian ayudados de la esteva la reja del arado. En vez del pico y el azadon, en vez de la hoz y de la podadera tañian rústicas zampoñas y acompañaban sus voces con los roncos sonidos del pandero y el tamboril. En médio de estos instrumentos de júbilo se escuchaban tambien las alegres castañuelas con que las mozas de la villa marcaban el compas de su alborotada danza. El sol tocando ya al horizonte iba alumbrando débilmente la superfície de la tierra, anunciando con su desaparicion á todos aquellos seres entregados á la holganza que era ya llegado el momento de despedirse y recojerse á sus hogares. Pero antes echaron un brindis jeneral, y despues de haber cobrado nuevos brios con el refrijerante licor rompieron por despedida el antíguo baile nacional. Pero de pronto, todos cesaron en su baile, la voz de los cantores habia espirado en sus lábios, los instrumentos habian dejado de resonar. Aquellos semblantes poco antes animados de la mas lisonjera alegria, de la risa y afabilidad, quedaron repentinamente pavorosos y asombrados. Todo era siléncio, el anterior bullício ya no existia. El sol habia desaparecido y con él hasta el recuerdo del placer. Pero ¿qué causa habia motivado tan repentino contraste? Todos escucháron, todos creyéron oir el estertor de un moribundo ó ver entre las ramas el brillo de un puñal asesino: mas á pesar de su siléncio y atencion nada escuchaban, nada veian mas que el ramaje de la selva y las elevadas crestas de las montañas. Los jóvenes se avergonzaron de su pavura, los viejos recobraron la confianza, y las mozas convirtieron en risa el temor que antes las dominaba. Volvieron á disponerse á bailar, pero al mismo tiempo oyeron mas claramente una voz, una voz de amargura y desconsuelo, una voz que gritaba *¡piedad! ¡piedad!* A esta voz aflictiva sucedió un lloro de desesperacion, unos ayes lastimosos, unos chillidos que llegaban a las nubes, unos acentos vehementes, los ecos de una mujer que pedia perdon, perdon por Dios, perdon y piedad; pero á estas voces respondieron otras voces roncas y destempladas, irónicas y aterradoras, sacrílegas é infernales; á los lloros respondieron las risotadas, á las súplicas los sarcasmos mas groseros y los insultos mas vilipendiosos. Los mozos y las mozas se agruparon con espanto

todos al rededor de mí, todos callaron, todos comprimieron hasta el aliento que respiraban, y todos miraron con doble atencion al sítio de tormentos que parecia presidido por Satanas. Las voces que se escucharon se perdieron en el espácio. Un quejido se escuchó tan solo, un ay apagado cual si fuera el precursor de la muerte. Dos hombres á caballo cruzaron entonces con la velocidad del relámpago.—¿Qué tal? preguntó el uno al paso, con aire de satisfaccion y orgullo.—Bien la han pagado, repuso el otro, y desaparecieron.

Cuantos me rodeaban quedaron admirados y sin saber qué hacer, pero yo los animé y les dije, hijos mios, tal vez el bosque en este instante tiene un cadáver sobre el florido tallo del tomillo, tal vez nos aguarda un moribundo, volemos hijos mios á socorrerle. Todos callaron y callando temblaban, se miraban los unos á los otros de un modo nuevo, pero de un modo que parecia que hablaban y que desaprobaban mi proposicion. Yo vi los ojos de todos aquellos seres pusilánimes cristalinos y desencajados, vi que su cabello estaba erizado, vi en fin que no podia contar con ellos, pero quise cerciorarme, y por lo mismo les dije: ¿No respondeis? Y uno me contestó: pero si luego nos imputan á nosotros..... si creen que hemos sido... Pues bien, les repliqué, marchaos, abandonadme y callad. Yo solo iré, yo no temo á los hombres, ni á lo que vosotros llamais justícia, yo no oigo mas que la voz de naturaleza, ella grita y yo no puedo menos de obedecer lo que me manda. A Dios. A pocos instantes todos habian desaparecido; yo entonces me dirijí á lo mas espeso del bosque, y al resplandor de la luna ví, no sin gran sorpresa y admiracion, pendiente de un árbol ropas de mujer; entonces os lo confieso, temblé desde la planta al cabello, la sangre de mis venas se heló toda, y sentí mi rostro inundado de un copioso sudor, frio como el rocío de la mañana, miré á todos lados y no observé rastro de sangre ni tierra movediza, pero á poco de rejistrar con mis inquietos ojos aquel lugar de abominacion, vi dos bultos sobre el césped, eran dos cuerpos humanos despojados de sus vestidos, blancos como el alabastro y de formas bellas y delicadas; miré mas, y ví sus largas cabelleras cubiertas de polvo y desgreñadas, y entonces ví claramente que eran dos mujeres, dos mujeres como dos ánjeles, con los pies y las manos atadas á la espalda. En aquel punto me avergoncé de mí mismo, el rubor me proporcionó un paño, y yo cubrí á aquellas desgraciadas; y cruzando las manos sobre el pecho, no pude menos de compadecer la perversidad de los hombres, y de implorar la misericórdia del eterno. En esta aptitud, y y al poco tiempo de mis meditaciones, oigo un suspiro, veo entreabrir los hermosos ojos de una de las doncellas, y entonces suspiré de placer y dí grácias á Dios; me apresuré á romper los cordeles que las ligaban, refresqué con água sus semblantes lívidos: volvieron á la vida; y yo las pregunté: ¿quiénes sois? ¿Cuál es la causa de vuestra desgrácia? Al pronto nada contestaron, escondieron su rostro entre sus manos y lloraron amargamente; pero yo las dije palabras consoladoras, y ellas las escucharon y despues de oirlas se atrevieron á mirarme el rostro.—¿Quiénes somos? Dijeron con acendrado sentimiento, ¿no nos conoceis anciano? Sí, nos debeis de conocer aunque jamas nos hayais visto ¿Quiénes somos? Unas mujeres deshonradas, y volvieron á llorar con mayor desesperacion. A poco rato veo dirijirse hácia mí un hombre á caballo, la faz alterada, triste y de mirar inquieto. En el momento que nos vió sus ojos brillaron con doble fuego, dió un grito y corrió á nosotros llorando de placer. Al fin os veo, dijo, dichoso yo; mas de repente como si le hubiera herido un rayo, quedó inmóvil y petrificado, y clavando la vista en el suelo, le escuché pronunciar entre sí, pero en qué estado, ¡ó Dios! — Ya lo ves Pelaez, dijo doña Sol, el dia de nuestra boda ha sido el de nuestra deshonra, pero tú eres caballero y sabrás vengar nuestros ultrajes; no los creerás, escucha: nuestras carnes han sido espuestas á los lúbricos ojos de dos monstruos

que se han gozado en nuestra desnudez. Esta es una afrenta, y esta afrenta necesita venganza. No es verdad? Hemos sido azotadas bárbaramente, hemos clamado de rodillas y se han reido de nosotras, y este escárnio pide tambien venganza, pero aun hay mas. Pelaez, hemos sido azotadas con inhumanidad, hemos llorado, y nuestro llanto escitaba la risa de nuestros verdugos, y tambien nuestro llanto exije venganza y venganza atroz. Mueran D. Diego y D. Fernando: ¿no es verdad que deben morir?

Sí morirán, contestó Pelaez con una voz ronca y destemplada. Mañana, hoy mismo, vereis abiertas dos sepulturas mas, y en ellas dos cadáveres atravesados el corazon por esta espada. Sol, Elvira vuestro agrávio pide venganza y vengaros juro, lo juro por la cruz del acero que ciño, por el água del bautismo que he recibido, á la faz de los cielos que me escuchan, y de la hermosura vilipendiada. Déles Dios arrepentimiento, reconozcan hoy sus culpas los condes de Carrion, porque sino... mañana... serán presa de satanas.

¿Pero quiénes eran esas doncellas? Preguntaron todos. ¿No lo he dicho? Doña Sol y Doña Elvira, las hijas del Cid.—¡Las hijas del Cid!!—*A. G.*

La sorpresa.

I.

—Tello; mi buen paje, ¿qué descompostura es esa? ¿Qué lágrimas te se agolpan á los ojos? Tu caballo viene cansado, tu caballo á par de los mios, hijo del viento, jamas vencido, ni en la carrera ni por la fatiga, ¿cómo se rinde al acicate?..... Pero tu señora, la amada de mi corazon, ¿qué hace? ¿qué nuevas me envia? El alzamiento de esos moriscos no habrá por ventura ganado todavia las asperezas de Orgiva y presto, presto mi buen amigo el marqués de Mondejar, con sus tércios y caballeros y yo con ellos iremos á poner en seguro aquella villa, y á castigar la desenvoltura y las maldades de esos descreidos: pero nuevas, nuevas te pido de tu señora.

—A caballo, á caballo, señor; hace tres noches que los moriscos de tu alcaidía se alzaron: los lebantiscos, y monfis de las taas vecinas acaudillados por Aben-Farax entraron de rebato en la villa; los moriscos que sin duda estaban de concierto con él se le unieron, y apenas los cristianos viejos y la jente de tu casa pudimos recojerños al castillo, aportillado por todas partes desde las guerras pasadas.

—Aben-Farax! ese del linaje de los antíguos Abencerrajes, que creyó con tales títulos, y por su destreza en las cañas, parejas y zurizas poder alzar los ojos á tu señora, á mi Elvira: á caballo, á caballo mi buen paje: el castillo mantendrá todavia, los continos de mi casa son resueltos; y por defender á su señora, por vengar los ultrajes hechos á la cruz, ¿qué no harán? A caballo, á caballo, mi buen paje: síganme mis amigos y escuderos; en pocas horas estaremos en Orgiva, y de cerca nos seguirá el marqués; nosotros librarémos la villa, y juntos vengarémos la sangre de los mártires; castigarémos la rebelion de esos descreidos.

—A caballo, á caballo, mi señor: álas del pensamiento fueran tardas para nuestra empresa: héme aqui las vestiduras rasgadas de los tiros de ballesta, y no cabales los plumajes del sombrero al rehilar de la lanza de Aben-Farax. Cuando salí por los muros aportillados para traeros tan malas nuevas ya los moriscos se mejoraban en ellos: ya los cristianos que se recojiéron en la iglésia, inflamada la torre, y forzadas las puertas habian caido en manos de los alzados, sufriendo mil lástimas y martírios horrorosos: al trasponer los oteros de la villa, corriendo, corriendo en mi caballo como el viento, la vocería de los bárbaros, y el crujir de la arcabucería me hizo mirar atrás, y ya los ví cabalgar unos sobre los adarbes; otros llevando por delante los cristianos cautivos desviar asi los golpes y y tiros de los nuestros, y todos á punto ya

de entrar en el último recinto. Al llegar yo á los muros de Granada; al tocar los umbrales de tu palacio ya he dado la voz de alarma; por todas partes y á tales nuevas ya los caballeros de la ciudad te esperan para que los lleves á libertar á doña Elvira, ya que para mas no sea tiempo; pues toda la tierra anda ya alzada y no hay tiempo para mas.

—A caballo, á caballo, caballeros y escuderos; á caballo, á caballo.

Ya briosos don Lope y su paje
cojen saltando al aire el arzon;
ya cabalgan y al son de añafiles
sigue en siléncio el noble escuadron.

II.

La torre de Orjiva defendíase aun, y los moriscos que ponian gran précio en rendirla la combatian con teson y rábia, y bien que los sitiados les herian á muchos y mataban á no pocos no por eso desistian y aflojaban en su intento. Para llevarlo á cabo dispusieron dos mantas de fuertes maderos resguardados por arriba con lana mojada y otros aprestos, para que allegados á los muros por ruedas, al abrigo de ellas poder picarlos, apuntarlos, y pegando despues fuego á todo el aparato con tascos y cáñamo, untado con aceite que para el caso llevaban, desplomar y dar con la torre en el suelo, única defensa que ya quedaba á los cristianos. Antes de que estuviese á punto una de las mantas, lograron los sitiados ponerla fuego, pero la otra llegó á fin y todo apresto, y con ella comenzaron á batir la torre. Los bárbaros capitaneados por Aben-Farax y á salvo de las armas arrojadizas de los cristianos por ir dentro de aquella máquina, llegaron hasta el muro y luego comenzaron á picarlo y cavarle desesperadamente. Las defensas de los sitiados poco ó ningun efecto hacian en aquella techumbre que rechazaba el fuego y resistia á las piedras que sobre ella caian: El peligro se aumentaba, subia al cielo la vocería de los bárbaros, y crecia la zozobra de los combatidos cristianos...

—Leandro, Leandro, dice uno de los sitiados, no vale tener ojo para matar con el arcabuz al ciervo que corre, ó al moro que acecha, sino lo tienes ahora para aporillar la cubierta de la manta por aquel pedazo de lienzo que se deja ver entre la lana y los colchones. Si por allí abrimos un razonable portillo que deje llegar sin interpósito resguardo á la cabeza de esos retajados, las misivas y recados de nuestro brazo, el aceite hirviendo y otros regalillos que preparan estas mujeres, ya pudieran muchos de ellos quedar ahí al pie del muro en lugar de la piedra que han derribado y tendríamos gran lumbrada esta noche con el fuego de esa endiablada máquina.

—Dame Vilches la cabeza de un moro á cien pasos, que la pelota de mi arcabuz la cortará tan á cercen, como la que te hizo dejar olvidada en el buen pais de Flandes esa pierna que te falta. Pero ten presente que la pelota horada pero no rasga ¿y qué diablos mejorariamos con plantar un agujero de criba en esa techumbre? Una buena piedra, arrojada con brio, que rasgue en largo y que dé blanco para otras de mayor calibre, que ensanchen mas y mas la brecha, eso es lo que conviene.

—Pues Leandro, esa empresa me toca á mí. Para tí el prez del blanco con arcabuz y ballesta, pero el de la piedra guárdese para tu amigo Vilches que á cien pasos sabe mancornar un toro, y á veces hacer bajar por el aire las pintadas perdices.

—Veamos pruebas de tu buena destreza, y hagamos de manera que pueda tener fruto la embajada de Tello y el socorro que presto nos traera nuestro D. Lope: mejor que piedras son los mazaries que están en el zaquizami, preparados para la obra de la capilla. Al ir por ellos cuenta con no asustar á doña Elvira que ora por nosotros con sus dueñas y doncellas. Al representármela tan aflijida, tan hermosa, tan celestial, mi ódio á esos moriscos se redobla...

El mejor éxito coronó esta empresa: cuando los moriscos mas afanados estaban en picar el muro y cuando mas cerca estaban de su triunfo, un brazo vigoroso disparó al canto un ladrillo que rasgó por entre la lana parte de

lienzo de la techumbre. Los cristianos que ponian toda su salvacion en aquel azar, agolparon allí gran bálago de piedras que ensancharon la brecha lo bastante para dar paso á los tiros y golpes. Los moriscos, ciegos de rábia, sin repararse en nada, ni desistian ni aflojaban. Pero el aceite hirviendo, los tascos inflamados de cáñamo que caian y el comenzar ya á cebarse el fuego en todo aquel andámio pudo mas que la desesperacion, y dejando aquí muchos muertos de los suyos y allá otros heridos que eran pasto del incéndio ó blanco de los de la muralla, hubieron de tocar retirada. Por el campo se oian los alaridos de la rábia, en el muro los gritos del triunfo y al caer la tarde cuando se apagaba ya el fragor de las armas y el bullício de la pelea, se alzaban por aquellos ámbitos las voces temerosas y fervientes de las que oraban en la capilla.

III.

Mi esperanza y mi alegría
solo cifra en tí, María,
¿tú no fuistes
siempre albergue de los tristes?
Venzo siempre los temores
del martírio y sus horrores,
los enojos,
cuando vuelvo á tí los ojos.
Rica y noble, tierna esposa
desgraciada como hermosa,
triste muero,
sin ver antes al que espero.
Tú D. Lope, dulce esposo
en la lid tan animoso
¡cuántos daños
en la flor de nuestros años!!!
A mí triste en esta torre,
nádie, nádie me socorre,
tú en Granada,
Elvira de tí apartada!!!
Si yo muero, desde el cielo
rogaré con fuego y celo
que María
sea tu ayuda, estrella y guia.
Si á librarme tú vinieras
relumbrando en esas eras
con tu empresa
¡ó cuál fuera mi sorpresa!

—Tello, Tello, la voz es de tu señora que sus plegárias envia al cielo en los primeros albores de la mañana, ¡qué sorpresa, qué placer será el suyo al ver cumplidos sus votos, y que se mire estrechada entre los brazos de su esposo y libertador! Tello, las mangas de alcabuceros despejen, las crestas de esos montes, de los moriscos que quieran herir á los tércios que trae el de Mondejar; los jinetes corran la tierra, persiguiendo á los moriscos que huyen por Benizalte y Cañar y venguen en ellos las atrocidades y martírios hechos en los cristianos: yo arrendando el caballo en estos espinos y descubriéndome á los centinelas, voy á llevar á Elvira con mi persona, la primera nueva de mi llegada y de su libertad para mayor y mas dulce sorpresa suya.

El Solitario.

TROVAS

donde se narran los dulces y sentidos amores de la infanta Celinda con su paje el conde de Claros: son fechas en muy gracioso y aplasciente estilo.

Romance que sirve de introduccion.

Atendet mi fabla, duenna
fermosa, rico ornamiento
d' Espanna, ya que quereis
catar muestras de m' igegno.
Maguer rudo, yo obediente
á vos complascer me presto
ca vos en mi seso sedes
por lindura astro del cielo:
homildoso vos dirijo
mi fidúcia et mi respeto
prestándovos homenage
de loanza en pobres metros.
Endonatme vuesa grácia
porque dessos oios bellos
conduscido, en parla antiga
vos pueda narrar un cuento,
al usanza et qual solian
dezillo nuessos abuelos
á la vera del hogar
con sus fiios et sus nietos.

NARRA EL AUTOR.

Ovo en Allemanna, allá en luennes tierras
valiente un buen conde, D. Claros nommado.
Galan con las duennas, muy bien aquistado
dichoso en amores, ardido en las guerras.
Brandiendo su lanza, á Marte paresce,
á Polux semeia ri rije el troton,
si parla, ó si tanne non ay corazon
de duenna ó doncella que non se le offresce.
Paje de la infanta era, del rey fija,
vírgen aplasciente, qual rosa temprana
allá en primavera de clara mannana
qu' á amor entre flores guaresce et cobija.

DESCRIBE EL AUTOR.

Un dia que á caza fueron adunados
en bosque sombrio fizieron la siesta:
soledad, folganza, cupido les presta
et mórvido lecho de yervas los prados.
Saltando entre guíjias corre un arroyuelo
que los pies falaga de entramos donceles
é adunan sus picos las aves fieies
diciendo cantares que embian al cielo.
El tiempo, la ora, l'ardiente passion
cupido que brinda plazer muy sabroso
fizieron qu' el conde ardido et brioso
coxiesse en su mano la dulce ocasion.
Blando beso imprime, todo enardescido
en los rojos labios al coral iguales
de su bien querida, que los celestiales
oios torna al conde de amor muy ferido.
Truecan sus abrazos, qu' en su nudo estrcho
al de amante yedra semeja, paresce
un sospiro al l'otro se alcanza et recresce
bien com no caben ya dentro del pecho.
En tiernas carícias á tal se gozavan
ansí se adormian en blando reposo
é ansí entre las alas d'amor venturoso
tal vez sus plazeres los cielos miravan.

COMO LA INFANTA ET EL CONDE SE DEZIAN.

CONDE.

Celinda, á quien amo mas que al sol las flores,
mas que el pez al água, á luz maripossa,
¿serás siempre mia?....

INFANTA.

Contenta et dichosa
mientra me duráren tus dulces amores.

CONDE.

¡O bien de mi vida!

INFANTA.

¡Mi fiel amador,
noble cavallero, bien afortunado!

CONDE.

A tí me somete benino el mífado.

INFANTA.

Facerme tu esclava le plugo al amor.

CONDE.

Riquezas, honores, qualquier bien andanza
en tí la poseo, mi bien, mi regalo:
los gozes del cielo al mio no ygualo
nin tenno, nin quiero ya otra aventuranza.

TORNA EL AUCTOR.

Estando en aquesto nuessos amadores
camian et repiten sus dulzes carícias,
é iuntos en uno entre mil delícias
non curan ser vistos por oios traydores.
En suso la peña los avizorava
un preste ladino que caza seguia,
que assaz cudicioso de aquello que via,
lo que en al condena para sí embidiava.

FABLA DEL PRESTE.

PRESTE.

Traydores, les dice, con voz enoiosa,
¿ansí al Rey fazede afruenta et denuesto?
O conde villano, ó infanta, muy presto,
vereys qu' os empesce traycion tan odiosa.

CONDE.

Buen preste calledes, ansí bien vos venga,
al Reye mi duenno nos fableys el caso,
tomat mis thesoros, non deys otro passo,
cuydat que del fecho grant mal vos avenga.

PRESTE.

¿Siléncio comprades?—Oro non le paga
carícias ferviente me pide el deseo,
conde, los falagos que á tí gozar veo
serán solo el prescio que á mí satisfaga.
D. Claros, buen conde, tan sandio non creas
á un preste quel oro le compre secreto:
ó muerte ó deshonra; escoge en efeto:
si non, por sant Jorge, vengado me veas.
Assaz mas que de oro soy de amor sediento;
tammien soy apuesto, fornido garzon
que pronto me fallo en toda ocasion
á provar en fembras mi fiero ardimiento.
Los luengos ropayes iamas m'empacharon,
mi barva crescida obstenta vigor;
mi adusto semblante en fechos de amor
tal vez muchas duennas por fuerte acataron.

SIGUE EL AUTOR.

Celinda desmaya al ver tal reporte,
furioso don Claros empuña su lanza;
pero el preste fuye, que nadie l'alcanza
é allá se cobija do estava la corte

DIZE EL PRESTE AL REY, ACUSANDO.

PRESTE.

Dexat la corona de un torpe manchada,

dexatla, buen Reye, que honor non avedes
de un conde, de un pa e aviltado sedes
en la vuessa fija de vos tan amada.
En susso la peña yo vide que en brazos
estaba la infanta dese conde infiel,
et vide que entonce rompia con él
de honrosa fieldat los muy nobles lazos.
Allí se adunaron con un ñudo estrecho,
allí mil mil sospiros salieron del alma
ya muy agitados, ó ya en dulce calma,
ya de boca á boca, ya de pecho á pecho.
Mandat luego, Reye, vayan á prendallos
los vuessos merinos cá tal felonía
grave et triste danno al regno traeria
si presto non fuesses, Rey, en castigallos.

REPLICA EL REY.

REY.

Mal preste, ¿tus bozes ansí me zayeren?
¿et ante mis condes tan mal me denuestas?
matalde, mis hommes, pues ya sus requestas
la mi orrra caluñan la matan et ficren.

TORNA EL AUTOR Á SU FABLA.

Del Rey al mandato mil lanzas buidas
et firmes ballestas, cortantes espadas
le siguen al preste é á pocas vegadas
los fieles monteros le dan mil feridas.
Muerto cayó el malo pseudo traydor,
dexando en vil sangre el suelo manchado
que ansí de una iniuria se vizo vengado
aquel crudo niño, que dizen amor.
Ende á pocos dias, en santo himeneo
viéronse ligados entramos sennores
seyendo el espeio fiel de amadores
et dando á los hommes solaz et recreo.

CONCLUSION.

Aqnestos succesos fasta mí llegaron
á tal como son aquí referidos
et sean de eximplo por siempre tenidos
d' aquellos que amoves iamas respetaron.
Si con ellos pude, dulze Elisa bella,
tanto complaceros qual fuy deseoso
tenetme d' agora por muy venturoso,
et yo de mi dicha á vos por estrella.—A. D.

COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS CANTABROS.

En aquellos dichosos dias en que el hombre estaba exento del orgullo de la dominacion y de la ignomínia de la esclavitud, descansando bajo la éjida protectora del primer código que tuvo su orijen en la misma naturaleza, se elevaba con majestad entre las demas naciones la provincia de Cantábria situada en una gran parte sobre la costa del mar de que tomó denominacion.

La felicidad de que los antíguos Cántabros gozaron en los tiempos primitivos, es solo comparable á la que disfrutaban hace algunos años los pueblos vascongados, que hoy lamentan los funestos efectos de una guerra civil; y aun podremos asegurar sin temor de incurrir en equivocacion, que las costumbres de aquellos siglos llegaron hasta los nuestros, no por médio de una desfigurada tradicion sino ejercitadas por los descendientes de los que tuvieron su mayor glória en legar á sus hijos unas virtudes obtenida por los princípios de la mas sana moral apoyada eternamente en las aras del altar de la justícia.

¡Qué pueblo el de los Cántabros! decia el señor Depfring, ¡y á qué punto de grandeza hubiera podido llegar si la cultura de su entendimiento correspondiese á la enerjia de su alma! Pudiera haber sido dueño de los Priegos y los romanos, y tambien monumento y modelo de la perfeccion de la naturaleza humana, para las naciones debilitadas de nuestros tiempos. Pero este distinguido escritor ó ignoraba que los Cántabros vivian gobernados por leyes sábias y justas, ó estaba poseido de los mismos errores en que incurrió el jeógrafo Estrabon al hablar de aquellos paises.

Los antíguos reglamentos de los Cántabros estan consignados en su mayor parte en el fuero actual de Vizcaya, y entre otros vários documentos que pudiéramos citar, lo será un manuscrito antíguo latino copiado á fines del siglo VI que existe en poder del erudito don Pedro de Samaniego, ministro del supremo consejo, en el cual aparece como en todos los demas, que los Cántabros eran rejidos por las leyes naturales, de cuya observáncia estaban encargados los padres de família, y por lo mismo desconocian la injustícia, la ambicion y la avarícia, por que vivian aplicados á la labor de los campos y se alimentaban con las carnes de sus rebaños y las bellotas, granos

y mieses que recojian, detestando la horrorosa inclinacion á la guerra, aunque tratándose de su defensa sabian combatir cual lo demostraron durante la dominacion romana, cuyo orgullo abatieron hasta el polvo, haciéndo que el mismo Augusto viniese en persona á Cantábria, cuyos habitantes indignados de las crueldades de Silano y Caton, emprendieron con tal denuedo contra los romanos que el mismo Agrípa mandó á sus soldados que antes de entrar en batalla con los vascos hiciesen su testamento: lo cierto es que el mismo Estrabon en el libro tercero de la edicion de Casaubon afirma, que estos indomables montañeses entonaban himnos de glória á tiempo de estarlos sacrificando, y que se daban muerte recíprocamente por no ser presa de sus enemigos.

Un calzon y chaqueta ajustada cubierta hasta média manga con un saco de color ceñido por nna faja á la cintura hasta donde pendia la estremidad de la caperuza de la misma túnica: un cabradillo lijero de cuero y una ballesta al hombro con algunas flechas en la mano, formaban todo el traje y defensa de aquellos invencibles montañeses, envídia de otras naciones y orgullo de la nuestra, en quienes se mantuvo la noble sangre que dilatada despues por toda la monarquia ofreció tantos dias de glória á las armas españolas.

Su alimento consistia principalmente en legumbres, carnes y maiz, al que todavia llaman en Angulema el Lemorin y el Bearne, trigo de España porque le trajeron á ella los Cántabros que fuéron á la primera descubierta de la América.

Las armas de que usaban y los aperos para las labores del campo se construian en unas ferrerias que se movian sin el auxílio del água, por médio de unos canales de viento estrechos de embocadura y anchos en el centro, segun lo atestíguan Plínio, Depfring, Schneidet y otros.

Se concluirá.

En los exámenes públicos celebrados en el colójio universal que dirije en esta corte Don Sebastian Fábregas, hemos tenido ocasion de observar los efectos de su sistema de educacion fisica, de que dimos una idea en el número 14 de nuestro periódico. El noble despejo con que se han presentado los alumnos, el acierto y desembarazo con que han contestado á las preguntas que les dirijian vários profesores que se prestaron á examinarlos, y el aprovechamiento que han manifestado en los vários ramos de enseñanza que se dá en este establecimiento, no dejan duda de las ventajas que ha de proporcionar á la juventud estudiosa y á la nacion en jeneral por la solidez de los princípios morales y científicos que en é se inculcan. Apenas ha habido un alumno cuyos ejercícios no hayan causado admiracion; mas no consintiendo los límites de nuestro papel dar una pequeña reseña de todos ellos, nos ceñirémos á hacer mencion del discurso compuesto y pronunciado por D. Ignacio de Argote. Este jóven presenta las disposiciones mas felices para la oratória, su diccion es pura y castiza, la espresion de sus conceptos clara y armoniosa. Debe sin embargo poner el mayor conato en desprenderse totalmente de la timidez que le domina que es el peor enemigo del que ha de hablar en público. Don Julian de Urginola, alumno tambien de la clase de literatura, compuso y recitó la oda que estamparémos en uno de los números posteriores, la cual si bien no está libre de algunos defectos, dá una idea de su disposicion para la poesía y de lo que puede prometerse con el tiempo y la aplicacion, atendiendo á que solo cuenta catorce años de edad y seis meses de estúdio. En este jóven notamos alguna aspereza en la pronunciacion: le recomendamos que haga por correjir este defecto, no perdiendo de vista que la modulacion de la voz unida á las actitudes es lo que dá alma y realce á la recitacion.

Editor responsable — R. Sola.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.